

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Nº 17	EXTENSION UNIVERSITARIA (CONFERENCIAS Y ESCRITOS)	Año 1934
-------	--	----------

L A P E R S O N A L I D A D
Y L A O B R A D E
F L O R E N T I N O A M E G H I N O

POR EL DOCTOR

JOAQUIN FRENGUELLI



L A P L A T A

1934

NUMEROS APARECIDOS DE LA SERIE "EXTENSION UNIVERSITARIA"

- * Número 1. — *Las reformas de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires*, por el doctor Juan A. González Calderón (1928).
- * Número 2. — *Defensa de la producción agropecuaria*, por el ingeniero Pedro T. Pagés (1928).
- * Número 3. — *Las relaciones entre Sud América y Sud África reveladas por la investigación geológica de las sierras australes de Buenos Aires*, por el doctor Juan Keidel (1928).
- * Número 4. — *Coricancha. Et templo del Sol en el Cuzco y las imágenes de su altar mayor*, por el doctor Roberto Lehmann Nitsche (1928).
- Número 5. — *Influencia de la agricultura en el desarrollo de las ideas económicas. La situación económica internacional. Los problemas internacionales de la agricultura*, por el doctor Arturo Labriola (1929).
- * Número 6. — *Los estudios químicos en Estados Unidos, Alemania y Francia*, por el doctor Carlos A. Sagastume (1929).
- * Número 7. — *La influencia de los estudios puros en la formación de una nueva conciencia*, por Jorge F. Nicolai (1929).
- * Número 8. — *La transformación del Establecimiento de Santa Catalina*, por el doctor Ramón G. Loyarte (1929).
- * Número 9. — *Procedimientos no medicamentosos en Cardioterapia*, por Jorge F. Nicolai (1929).
- Número 10. — *Alma Mater* (discurso leído en el acto de asumir la Presidencia de la Universidad Nacional de La Plata), por el doctor Ricardo Levene (1931).
- Número 11. — *La Ciudad universitaria*, por el doctor Ricardo Levene (1931).
- Número 12. — *El Día panamericano*, por el doctor José Abel Verzura (1931).
- Número 13. — *Investigación, enseñanza universitaria y cultura general*, por el doctor Ricardo Levene (1933).
- Número 14. — *La Edad Media y la empresa de América*, por el doctor Claudio Sánchez Albornoz (1933).
- Número 15. — *La cultura en Hispanoamérica*, por el doctor José Vasconcelos (1934).
- Número 16. — *Nuevas aportaciones para el estudio del Régimen municipal Hispano-Americano del período colonial*, por el doctor José Ma. Ots (1934).

L A P E R S O N A L I D A D
Y L A O B R A D E
F L O R E N T I N O A M E G H I N O



Florentino Ameghino

L A P E R S O N A L I D A D
Y L A O B R A D E
F L O R E N T I N O A M E G H I N O *

El señor Presidente de la Universidad benignamente ha querido que yo, aquí, en este Museo de La Plata, conmemorase la grande memoria de Florentino Ameghino, en el XXIII aniversario de su desaparición.

A nadie puede escapar el alto significado ético del acto: el Museo de La Plata, renovado bajo la activa dirección del doctor Ricardo Levene, abre nuevamente sus amplios portales a todas las iniciativas nobles y a todos los espíritus selectos.

Primero entre todos es acto de precisa justicia que, antes que nadie, entre el gran espíritu de Florentino Ameghino.

(*) Conferencia leída el día 6 de agosto en el acto realizado por el Museo de ciencias naturales en homenaje a la memoria de Florentino Ameghino.

El presidente de la Universidad, doctor Ricardo Levene, inauguró la sesión recordando, en síntesis, el significado de Ameghino, a un cuarto siglo casi de su muerte, siguiendo la proyección de su pensamiento científico.

Habiendo partido sólo hace ya muchos años, vuelve triunfando en esta aula donde el sabio imprimió las primeras huellas de su ingenio ágil y profundo.

Y su espíritu hoy, en esta aula, solemne cual un templo, debe sentirse confortado como quien, después de un largo viaje por remotos caminos del mundo, vuelve finalmente al hogar.

Un grupo escogido, representante auténtico de la multitud, está aquí congregado para recibir al hijo que vuelve triunfando al hogar, por encima de toda rivalidad, de toda tendencia y toda pasión, sobre el alto pedestal de la gloria que no teme las injurias del tiempo.

Que vuelva el gran espíritu de Ameghino entre nosotros y permanezca por siempre para guiarnos con su luminoso ejemplo en nuestro cariño para las ciencias, por encima de toda codicia y de todo egoísmo, hacia la esperanza, hacia la fe en los ideales puros y las verdaderas armonías de la vida.

Este nombre de Ameghino es todo un símbolo, no sólo de una vida enteramente consagrada a las penosas inquietudes del es-

tudio, sino también de una existencia de luchas continuas por un excelso ideal.

No es posible ya que en este edificio, erigido al culto de la ciencia pura, al lado del monumento de Francisco P. Moreno, su ilustre fundador, no surja también el de Florentino Ameghino, el fundador auténtico de la ciencia argentina y su más autorizado representante.

Aparentemente pequeños fueron los motivos que separaron estas dos eminentes figuras de nuestra ciencia; mas, en realidad, ellos ocultaban discrepancias profundas de métodos e ideas, luchas encarnizadas entre los últimos gigantes defensores de una larga tradición y el joven profeta de una humanidad nueva, que en una ciencia libre de toda traba espiritualista y romántica, rebelde a toda esclavitud de formas académicas, creyó hallar en la materia los caminos de la verdad.

Lucha sin tregua, que comenzó en la segunda mitad del siglo pasado, cuando un realismo excesivamente materialista, del cual Ameghino fué inflexible campeón, confió en un arreglo más estable de justicia

universal y de paz mediante ideas científicas y sociales que hermanasen a los humildes de todas las razas y de todas las naciones; cuando un gran movimiento intelectual y científico creyó abrir las puertas a una más sana y feliz orientación social, sin advertir que, en cambio, ahondaba los surcos y excavaba los álveos profundos por los cuales irrumpieron, desolando, los furiosos torrentes de los más feroces egoísmos.

Florentino Ameghino, sin embargo, si bien partidario apasionado de las nuevas tendencias, supo mantenerse íntegro, porque, a la par que el gran artífice florentino, en la fragua de su Perseo, supo arrojar lo mejor de su alma y cuanto de más noble tenía su gran corazón.

Y es por esto que Florentino Ameghino hoy vuelve aquí triunfando en estas horas de renovaciones profundas, de reacción humanista e idealista, en que la humanidad, decididamente abandonando esa informe, confusa, insaciable aspiración de cantidad y de potencia, retorna hacia los viejos ideales de perfección: ideales de belleza, justicia y libertad, más tímidos y más modestos,

pero más definidos y más humanos; ideales que han recobrado el sentido de calidad y de los límites dentro de los cuales sólo es posible al hombre conseguir la perfección intelectual y moral, y dentro de los cuales la inteligencia humana debe reducirse por no envilecer la belleza, por no esterilizar la virtud, para que la justicia no se transforme en prepotencia, la libertad en licencia y la verdad no desaparezca bajo espesas capas de falsa sabiduría.

Y Florentino Ameghino vuelve entre nosotros porque, si bien representante genuino de aquel idealismo materialista que la guerra ha destruído para siempre con su brutal puño de hierro, supo mantenerse siempre por encima de las pasiones y, a pesar de todo, con el esfuerzo tenaz de su voluntad admirable con su ferviente deseo de constante superación, con su masa ingente de labor proba, supo labrarse un pedestal inconmovible.

Por otra parte, Florentino Ameghino, a pesar de sus convicciones explícitas y su credo, es siempre un rebelde y un rebelde a menudo paradójal y contradictorio.

Su rebelión es recia, pero siempre honesta, sincera y constantemente animada por un elevado espíritu de justicia.

En las interpretaciones audaces de su mente, Ameghino es un rebelde a los sistemas rígidos de las viejas academias; pero, para el cúmulo enorme de datos concretos que incorpora a la ciencia, piensa y describe a la manera de Cuvier, d'Orbigny, Agassiz, Darwin, con toda la perspicacia y con todos los defectos del método.

En sus polémicas es, a veces agresivo, vehemente, orgulloso; otras, excesivamente humilde y remiso; impetuosamente celoso de sus opiniones y modestamente proclive a reconocer sus errores.

Por el áspero camino de su vida laboriosa, lo vemos siempre con admirable constancia en pos de un ideal que incommoviblemente ha fijado como meta de su existencia; pero para alcanzarla, no siempre aparece animado por la misma decisión y firmeza.

Ora lo vemos seguro y sereno, como el héroe de la leyenda incáica, quien, en las tinieblas del antro profundo, poblado de

monstruos pavorosos, penetra decidido, confiado en su talismán, el pequeño rayo de luz que cuidadosamente lleva oculto en su ropaje.

Ora, en cambio, lo vemos vacilante y cauto como el esclavo arrojado por el edil romano, entre las fieras del anfiteatro, por haber soñado la libertad: vacilante y medroso avanzando, por la arena sangrienta, con el huevo frágil en la concavidad de su mano, desde la puerta de la diosa de la muerte hasta el ara santa del numen de la vida.

Florentino Ameghino fué como aquel héroe llevando el rayo de luz contra el cual nada pueden tinieblas y demonios; y también fué el siervo que constantemente aspira a la libertad y triunfa, porque, aún vacilando entre el clamor del vulgo y el rugido de los leones, está firmemente sostenido por una gran fe y una grande esperanza.

Es humano el vacilar y el errar. Sólo no yerra quien nada hace. Ya se ha dicho y ya se ha dicho también que no hay error donde no brilla una centella de verdad.

Tampoco hubo en la ciencia hipótesis, que, aún debajo de apariencias vagas, irre-

ductibles a forma científica, no escondiera algún germen fecundo.

Con mayor razón podríamos afirmarlo para los errores y las hipótesis de Florentino Ameghino donde vemos un intenso brillar de centellas y las chispas que entre los estudiosos encendieron la grandiosa hoguera de la discusión y de la polémica; y cuyos gérmenes, de maravillosa potencialidad, brotaron en aquel cuantioso capital científico de que se enriqueció la cultura humana.

No hay duda de que en las veinte mil páginas de su obra son numerosos los errores y las contradicciones. Pero, tampoco puede dudarse de que contradicciones y errores se condensan precisamente en los fundamentos más transcendentales de su obra, y en los que más eficientes se demostraron en el complejo edificio de su mente.

La prueba más clara está en *Filogenia*: llena de afirmaciones audaces y arbitrarias, a menudo en conflicto con los postulados fundamentales de las mismas hipótesis transformistas que la inspiraron y que Ameghino sustenta, como la de la evolución de órganos vegetativos por constante regreso, co-

mo la del desarrollo ortogénico del cerebro en contraste con la bestialización de los descendientes del *Homo pampaeus*; llena de aspiraciones absurdas, como la que anhela las más nobles facultades humanas transformarse en una “máquina de sustracciones y adiciones”; llena de pretensiones atrevidas, como la de pensar y creer que en la biología ya pudiéramos establecer leyes inmutables como en astronomía y, más aún, resolver todas las fórmulas biológicas, reconstruir todos los seres del más remoto pasado y predecir todos los organismo que se sucederán en el futuro, mediante una matemática sencilla de sumas y restas, y con sumas y restas resolver los más oscuros problemas de la biología con la misma seguridad con que los astrónomos, mediante la matemática superior, descubren los astros y preven los fenómenos de la mecánica celeste; ni la física misma, que tanto se vale de las matemáticas, puede siempre prever los efectos y remontar a las causas, con más razón no será posible que lo pretenda la biología donde los efectos y las causas aparecen tan complejos, cuyas ecuaciones llevan siempre in-

numerables incógnitas, cuyos sistemas iniciales, el protoplasma, los cromosomas, la célula, el ser, la función, la vida, en su esencia, en su mecanismo íntimo, nos son completamente desconocidos.

Filogenia realmente es un monumento de contradicciones al mismo tiempo de errores eficaces y eficientes.

En mi opinión, no podríamos concebir el sorprendente “fenómeno Ameghino” sin *Filogenia*.

Porque ella representa la hipótesis de trabajo, la base fundamental sobre la cual el sabio naturalista construyó toda su inmensa labor, y la fuente de donde manó el raudal de su admirable energía.

Sin *Filogenia*, sin el inagotable esfuerzo para documentar sus concepciones, sin las enardecidas discusiones que suscitó y las interminables polémicas, a veces estridentes, pero siempre fecundas, no se habría enriquecido la ciencia de ese acervo ingente por su cantidad y calidad, que constituye la mejor gloria del sabio y el grandioso impulso de la paleontología en nuestros últimos tiempos.

Tampoco podríamos entender la interesante personalidad de Florentino Ameghino sin aquella otra expresión, que es *Mi Credo*: con sus tres infinitos inmateriales, al lado de un infinito material y tangible, con su universo exclusivamente concebido a base de experiencia propia, con el sueño de una inmortalidad material del hombre indefinidamente longevo.

A pesar de que se ha creído ver en *Mi Credo* un detalle discrepante y aberrante de la obra del sabio naturalista, porque en él Florentino Ameghino deja de ser inductivo por deductivo, analítico por sintético, concreto y realista por sumirse en el piélago escabroso de la generalización y de la abstracción, ahí se concentran, sin embargo, todas las características más esenciales de su compleja y complicada personalidad: su profundo materialismo, su predilección a las síntesis, los tanteos y la fe en sí mismo del autodidacta, su entusiasmo sin límites para la ciencias naturales, su confianza infinita en la armonía del universo material, su espíritu sediento de independencia, su rebeldía a las fórmulas académicas y a todo prin-

cipio de autoridad, la sinceridad ingeniosa e ingenua de toda su alma, y un inmenso deseo de vagar sólo por los campos infinitos del saber, bajo la única guía de su profunda fe y de su cálido entusiasmo.

Por otra parte la personalidad y la obra de Florentino Ameghino muy a menudo nos aparecen inconsecuentes con las ideas que las han inspirado.

No puede haber dudas de que el sabio naturalista fué hijo legítimo de sus tiempos; no puede haber dudas de que, en nuestro medio, fué factor eficiente en la marejada asoladora que, arrancando de los conceptos darwinianos, hechos racionalistas, positivistas y materialistas, quiso arrasar con todos los idealismos humanos.

Sin embargo, podríamos considerarlo también como precursor de la crisis actual que, en la rebeldía a todos los cánones, en la destrucción de los valores ficticios en que nos habíamos encerrado, en la subversión de todos los postulados del intelectualismo científico del siglo pasado, en la espontaneidad, en la sinceridad, en la manifestación ingenua de nuestros actos y conceptos,

busca la salvación del espíritu y derroteros nuevos.

Como los apóstoles de una humanidad nueva, Florentino Ameghino destruye; pero al mismo tiempo construye un vasto edificio según su lógica, según la teología de su fe en el progreso, según los ideales que para el mundo y la vida ha forjado su cávida imaginación de soñador y de artista.

Autodidacta puro, reacio a las imposiciones de la disciplina rígida de Burmeister, en su indefinido deseo de comprenderlo todo, de poseerlo todo, Florentino Ameghino fué formándose solo, en situaciones difíciles para precaverse en contra de afirmaciones apresuradas.

Al mismo tiempo planteaba y resolvía los más arduos problemas relacionados con los cuantiosos elementos que continuamente iba descubriendo su extraordinaria actividad en el vasto campo de una naturaleza virgen y generosa: a cada hallazgo una idea, a cada idea una hipótesis y un sistema.

Parafraseando lo que se dijo respecto de Pasteur, Florentino Ameghino no hace geo-

logía, antropología y paleontología, sino que hace la geología, la antropología y la paleontología.

Sin duda, toda su obra se nos manifiesta incompleta y precipitada. Pero, frente a su magnitud, bien podemos convenir con H. Poincaré que, si hubiéramos sido curiosos sin impaciencia, es probable que nunca habríamos creado la ciencia y nos habríamos quedado conformes en vivir nuestra pequeña vida. Nuestro espíritu ha reclamado, entonces, imperiosamente esta solución bien antes que ella fuera madura y cuando no poseía más que vagos vislumbres, permitiéndole adivinarla más que tocarla.

Anticipando la síntesis al análisis, entre penurias, en un ambiente ingrato o francamente hostil, todavía en una impresionantemente escasez de elementos bibliográficos y objetivos, pero movido por su gran pasión que no conocía reposo, Florentino Ameghino, muy joven aún, construyó con su fantasía hermosos casilleros y luego, en cuarenta años de prodigiosa actividad, consagró las energías de su mente genial para llenarlos.

Es admirable, sin embargo, la cantidad

de resultados positivos que, en muchos campos, cosecha su intuición y su perspicacia.

Verdad es, que el precio de su triunfo fué una vida de angustias, de penosas vigili-
as, de ansiedades, de aflicciones por la incom-
prensión de los hombres y la injurias de po-
lémicas acres.

Pero, por otra parte ¿qué goces espiri-
tuales podría conseguir el estudioso metó-
dico, minucioso y formal, encerrado en su
recóndito laboratorio, quietamente abstraí-
do en investigaciones meramente especulati-
vas, o en áridas observaciones y descripcio-
nes de hechos, o en largas, estériles citacio-
nes de textos?

Y, además, moralmente ¿qué vale el es-
tudioso que gasta toda su profunda y se-
rena erudición exclusivamente absorto en
soluciones de problemas de utilidad prác-
tica. Así ¿qué vale la ciencia que no excite
el entusiasmo, que no suscite emociones,
que no siembre inquietudes, que no agite los
ánimos, que no aliente sus apóstoles?

Florentino Ameghino fué realmente un
gran apóstol de esta ciencia y de su ardiente
fe en la naturaleza.

En aras de esta fe todo lo sacrificó con tesón y abnegación realmente incomparables: formidable en las arremetidas en defensa de sus ideales; formidable e impetuoso, a veces inexorable; pero no siempre intransigente.

La confesión de sus errores, toda vez que pudo reconocerlos, nos demuestra que, a pesar de todo, también Florentino Ameghino bien sabía que la ciencia, diversamente de la religión, debe ser maestra de tolerancia; porque, mientras la religión habla siempre en nombre de un Dios, verdad absoluta, la ciencia habla siempre por boca de las frágiles y falaces verdades humanas.

Asimismo, Florentino Ameghino, aún cuando se rectifica y se cohibe, no renuncia jamás a su credo y en toda su obra emerge como el apóstol de esa fe, por la cual el hombre, en un arranque de orgullo, se convenció que la ciencia era potencia.

Y esta fe, como al generoso corazón del gran lírico polaco, pareció ordenarle:

“Ve y ten confianza en mi nombre. No te cuaje de tu gloria, sino del bien de aquellos que te confío. Se tranquilo frente al

orgullo, a la opresión y al despecho de los injustos. Ellos pasarán, mas mi pensamiento y tú no pasaréis. Ve y séate vida la acción. Aún cuando el corazón se te desecara en el pecho, aun cuando tú desesperaras de mi socorro, vives en la acción continua y sin reposo. Y tú sobrevivirás a todos los satisfechos de vanidad, a todos los felices, a todos los ilustres; tú resucitarás, no en las estériles ilusiones, sino en el trabajo de los siglos y serás uno de los hijos libres del cielo”.

No tuve la suerte de conocer personalmente a Florentino Ameghino; pero, su potente personalidad, tal como se revela en la magnitud y en la complejidad de su obra, me atrajo y me sedujo.

Quizás, su ejemplo directo y su palabra viva, hubieran sabido enderezar mi actividad hacia rumbos más fértiles. Por desgracia, dos días después que me embarcaba en Génova, hace ya 23 años, el sabio naturalista tranquilamente moría aquí en esta ciudad de La Plata.

Al salir de mi patria, lleno de entusiasmo por seguir mis estudios en esta tierra generosa y hospitalaria, varios colegas de la Sociedad Geológica Italiana repetidamente me habían recomendado visitar a Florentino Ameghino y saludarlo en su nombre.

Muchos, entre ellos, no conocían a la Argentina, patria de campos feraces y opulentos, pero todos ellos conocían a la Argentina, patria de Ameghino: la tierra del paleontólogo insigne, cuya obra vasta, discutida, refutada y controvertida a veces, quizá, con violencia excesiva y acritud, pero siempre considerada y apreciada, había conmovido al mundo científico.

Pero, cuando llegué a las salas paleontológicas del viejo convento de la calle Perú, no estaba más Florentino Ameghino, ni hallaba ya en ellas el grande espíritu del maestro.

Sus salones agrietados me parecieron solemnes como un viejo templo, pero severos como un tribunal: un tribunal implacable y rudo, celoso e inexorable guardián de una verdad inconcusa.

Me alejé de ese ambiente; pero, fui un

constante y sincero admirador de Florentino Ameghino.

A pesar de todo lo que al contrario se ha escrito y se ha dicho, esta admiración mía repetidamente aparece en mis escritos y, sin reparos, la he proclamado públicamente toda vez que se me presentó la ocasión, en reuniones y en el ejercicio de mi cátedra.

Y, al respecto, 'se me permita transcribir una parte de las palabras con las cuales, a manera de prolucción, inicié mi docencia universitaria, hace hoy 14 años, en la Facultad de Ciencias de la Educación, en Paraná, que acababa de fundarse.

“Es menester, decía a mis oyentes, detenernos en considerar más de cerca la obra de Florentino Ameghino. Pero, ante todo, al presentarme por vez primera a ustedes y al hablar de este gran señor de la paleontología, considero necesaria una aclaración”.

“En mis escritos, varias veces me he permitido discutir, no los hechos, sino las teorías del sabio naturalista. Para los que considerasen superficialmente las cosas, podría parecer que yo fuera uno de los tantos mal

llamados antiameghinistas. Pero, no es así. Porque es mi convicción que reconsiderar y discutir las trascendentales hipótesis ameghinianas, después de haberlas suficientemente meditado y de haber comprendido su alto significado y valor, es el mejor homenaje que puede tributarse a un sabio, a un apóstol de la verdad, cual fué Florentino Ameghino”.

“De todos modos, declaro que sería de mi parte desmedida presunción poner mi modesto trabajo enfrente a la memoria del sabio, quien con su genio y su obra ha sabido erigirse un monumento imperecedero. Mi única aspiración, que ha de ser también la aspiración de todos ustedes, es la de llegar a ser un continuador de su obra, demasiado grandiosa para ser concluída por un hombre, aun fuera de la talla de Florentino Ameghino. Su obra ha de ser continuada, completada y, posiblemente, perfeccionada en relación con el progreso siempre continuo de la ciencia, en pos de aquella verdad que siempre se alcanza y siempre huye. Este será el verdadero “ameghinismo”, el verdadero patriotismo, el mejor homenaje al sabio

y a la verdad, que fué su única religión”.

También mi primer ensayo, publicado en la Argentina, hace ya más de 20 años, expresaba conceptos análogos.

Con él, mi propósito fué también sentar mi plan de trabajo, comenzando por considerar la cuestión más trascendental de la obra ameghiniana: el problema antropogénico en relación con la edad de los terrenos de la Pampa.

Y, desde aquel momento, todos mis esfuerzos, mis medios y los momentos que pude robar a mi descanso y a mis actividades imprescindibles al sustento material, tendieron constantemente a un desarrollo ulterior de esta importante tesis ameghiniana, en consonancia con el progreso de nuestros conocimientos.

Aun cuando llevé mi atención por regiones alejadas del ambiente pampásico, o me entretuve en estudios aparentemente ajenos al empeño, mi anhelo fué siempre dirigido a la consecución del mayor número de datos objetivos para sentar, cada vez sobre bases más sólidas, las conclusiones directa o indirectamente vinculadas con el problema planteado.

He considerado necesarias estas referencias personales, que seguramente los que aquí me escuchan sabrán comprender y perdonar, porque recién nuevamente me han llevado al banquillo la publicación de críticas severas.

Titulándose discípulos auténticos y exclusivos del maestro, me acusan de error en varias determinaciones de mamíferos fósiles, crimen gravísimo para los que persisten en buscar la expresión matemática de las leyes biológicas y en sentar todas las conclusiones de la paleontología (morfológica, cronológica y estratigráfica) sobre los resultados de cálculos sencillos y de la estadística.

Me consuela, sin embargo, mi profunda convicción de que una eximia capacidad de clasificar dentro del campo de las ciencias naturales, al mismo modo que una gran capacidad de cálculo aritmético dentro de las matemáticas, a expensas de aptitudes intelectuales más elevadas, es una bella prerrogativa de mentalidades mediocres.

Me consuela también el recuerdo de que

el viejo pleito ya tuvo para mí una sanción pública, por cierto honrosa y favorable, ya hace dos años, cuando la Comisión organizadora del XXV Congreso Internacional de Americanistas, bajo la presidencia del doctor Ricardo Levene, me confió el desarrollo del tema oficial: el problema de la antigüedad del hombre en la Argentina, que abarca toda la esencia de la obra ameghiana.

En fin, me consuela el hecho de que hoy, el doctor Ricardo Levene, abriendo su mente, su corazón y la hospitalaria dignidad de esta aula, al grande espíritu de Florentino Ameghino que vuelve entre nosotros, me ha confiado la grata tarea de interpretar nuestros sentimientos y me ha brindado una nueva ocasión para proclamar, ante la *élite* de las ciencias, de las letras y de las artes, de esta cultísima ciudad, con claridad y altura, mi tributo de admiración y respeto a la memoria del sabio.

Pero, al mismo tiempo, séame permitido confesar que yo también he escuchado las palabras del Nirvana cuando enseña: “No creas en cosa alguna por oída; no creas en

tradiciones por viejas o por haber llegado hasta nosotros a través de muchas generaciones; no creas en cosa alguna por famosa o porque de ella los hombres hablan mucho; no creas por el simple hecho de que ante ti está el testimonio escrito de un antiguo sapiente; no creas en cosa cualquiera porque algunas probabilidades la sustentan o porque una larga, añosa rutina te induce a suponerla verdadera; no creas fundándote solamente sobre la autoridad de tu maestro. Lo que, según tu propia experiencia y tus investigaciones personales corresponde a tu razón y sirve a tu bien y a tu salud, así como también a la de todos los demás seres vivientes, eso ha de ser tu verdad y vives según su dictado”.

Hacia el espíritu de Ameghino y su obra me impulsó, no sólo mi carácter, sino también mis inclinaciones por los mismos problemas dentro de los vastos linderos de las ciencias naturales.

A él me acercó la sincera amistad de que me prodigó el doctor Adolfo Doering, en sus diez últimos años de vida.

Un compromiso de honor me impone re-

cordar, al lado del sabio, el maestro eficaz y bondadoso tan estrechamente vinculado a la memoria de Florentino Ameghino, y siempre olvidado.

Adolfo Doering fué realmente un maestro; porque maestro no es sólo quien mucho sabe, sino quien con sus palabras de estímulo y con su ejemplo ferviente, sin presunción y sin jactancia, sabe encender en sus discípulos la llama del entusiasmo en la consecución de ideales puros.

Cuando, hace diez y nueve años, estableciéndome en Córdoba, pude agregarme al pequeño grupo de sus discípulos, quedé sorprendido de admiración al ver este afable maestro, anciano ya, recobrar vigores juveniles y trepar por barrancas: la posibilidad de interpretaciones diferentes de las que había elaborado su criterio, más fino observador de los detalles que del conjunto, volvió a inquietarle y a reanimarlo la esperanza de que alguien pudiera aprovechar el fruto de su larga experiencia.

Ya gravemente enfermo, irreparablemente a su edad, con admirable empeño, gastaba aún los últimos destellos de su claro inte-

lecto para infundir en mi ánimo las inquietudes de su vida y su honda preocupación por sus problemas científicos, empeñosamente meditados sin lograr resolverlos.

Muy a menudo Adolfo Doering me hablaba de Florentino Ameghino con admiración, particularmente cuando ascendíamos juntos las mismas barrancas que, muchos años antes, trepara con el sabio, quien también fué su discípulo.

Y una luz de cálida emoción encendía su rostro cuando rememoraba el apoyo prestado a Florentino Ameghino, en momentos amargos, cuando él quizá fuera el único, entonces, entre los hombres de estudio, que comprendiera el talento del joven sub-preceptor y exonerado director de una escuela rural.

En verdad, había sido Adolfo Doering quien sustrajera Florentino Ameghino de sus recogidos soliloquios, de sus solitarias meditaciones, en la desamparada trastienda de la pobre "Librería del Glyptodón".

Había sido Adolfo Doering quien lo llevara a Córdoba como director del Museo antropológico y paleontológico de la Universidad de aquella ciudad.

Había sido Adolfo Doering quien lo propusiera para el título de doctor *honoris causa*, a fin de que pudiera ocupar la cátedra de Zoología en la Facultad de ciencias físico-matemáticas de la misma Universidad nacional.

Había sido Adolfo Doering quien le facilitara fósiles y datos geológicos “preciosos”, como los califica el mismo Ameghino, y le acompañara en sus excursiones por los alrededores de Córdoba.

En fin, había sido Adolfo Doering quien, valiéndose de su influencia sobre su hermano Oscar, entonces presidente de la Academia nacional de Ciencias, consiguiera que esta institución, bajo su patrocinio y con amplia contribución pecuniaria, publicara su magna obra sobre los mamíferos fósiles argentinos, fruto de quince años de asidua labor.

También un estricto deber de justicia obliga asociar, hoy y siempre, en la glorificación de Florentino Ameghino, el nombre de su hermano Carlos.

En la obra del sabio naturalista, más que

el brazo que ejecuta, Carlos Ameghino, desde su infancia, fué el amigo fiel, el colaborador erudito y abnegado, el consejero prudente, el explorador infatigable y valiente, cerca de veinte años por estepas y eriales patagónicos, solo y paciente, en pos de los preciosos elementos que debían cimentar la personalidad y la fama de su hermano.

En fin, junto con la memoria de Florentino Ameghino menester es evocar también el recuerdo del ilustre fundador de esta Universidad, el doctor Joaquín V. González, quien, siendo entonces ministro de Instrucción Pública, con acción justiciera y magnífica, lo quiso, a pesar de todo, director del Museo de ciencias naturales de Buenos Aires y, luego, también profesor de geología en la Facultad de ciencias de La Plata, con cátedra en este Museo.

Sintetizar la obra de Florentino Ameghino en un breve discurso, sería empresa imposible.

Sus veinte mil páginas, densas de datos e ideas, están atestadas de argumentos complejos y variados: paleontología de los

mamíferos, de las aves, de los peces; antropología, paleoetnología, antropogénesis, arqueología; geología estratigráfica y cronológicas; taquigrafía, filología, filogenia del lenguaje; zoología, anatomía comparada; filosofía. Todo quiere abarcar, abordando argumentos de proyecciones vastísimas, planteando, discutiendo y resolviendo problemas de amplia trascendencia, desde puntos de vistas originales y personales.

Para dar de ella una idea somera y cabal no basta un discurso ni un libro.

Verdad que muchas veces se ha intentado, pero resultaron vuelos pindáricos de poetas o ensayos parciales de literatos, pedagogos y filósofos.

Nunca fué hecha la síntesis por naturalistas. No me refiero a los científicos de afición, quienes, si bien lograron cultivar y, acaso, también destacarse en una que otra rama secundaria de la exuberante copa del frutal corpulento, carecieron de esa mole de erudición y de cultura, integral y esencial, absolutamente imprescindible para comprender y asimilar la obra de Florentino Ameghino.

El verdadero naturalista desmaya frente a la magnitud de la empresa. No es posible abarcar toda la producción ameghiniana con penetración y competencia iguales. Y no sólo por su complejidad, sino también por su carácter, que refleja fielmente los rasgos tan peculiares de la personalidad de su autor, de su vida y de su genio: rebeldía que crea situaciones inesperadas y desconcertantes; audacia que asombra y desorienta; impaciencias que engendran amplias lagunas difícil de colmar; vivacidad que deliberadamente envuelve en equívocos y paradojas sutiles, enredando, a veces, en la trama aviesa de su lógica; imaginación fecunda que, de hipótesis en hipótesis, sorprende, subyuga, aleja del hecho real e inadvertidamente lleva a objetivar fantasías; tumultos que trastornan la serenidad de la crítica y ciñen al reflejo del hecho emotivo de la pasión; vacilaciones y contradicciones que disipan energías y agotan el esfuerzo; y, al mismo tiempo, una asombrosa multitud de hechos reales, minuciosamente documentados, de observaciones bien meditadas y bien formuladas.

El verdadero naturalista se amedrenta. Para los demás, salvo meritorias excepciones, Florentino Ameghino queda siempre el sagaz autor de *Filogenia*, el clarividente que elevó la Pampa a cuna de toda la humanidad, el sabio audaz que forjó en la materia la inmortalidad del hombre, el perspicaz filósofo de *Mi Credo*.

Mas, Ameghino no fué filósofo. No me refiero al contenido filosófico que debe comprender y epilogar toda investigación y toda especulación científica.

El estudio de la naturaleza, para que logre merecer el título de ciencia, al lado del contenido propio, debe encerrar también un contenido filosófico; más aún podríamos designar al conjunto de las ciencias naturales como la filosofía del mundo material.

En ningún caso, como bien ha dicho Meyerson, nuestra inteligencia puede declararse satisfecha de la simple descripción de un fenómeno, por minuciosa que fuera.

Describir formas y fenómenos, ordenarlos, clasificarlos, reducirlos a efectos útiles y prácticos, son actividades interesantes, a no dudarlo; pero, desde el punto de vista

del conocimiento, carentes de valor si, al mismo tiempo, no nos preocupamos de coordinar los hechos, y meditarlos para interpretar las causas que los determinan; investigar las leyes que los gobiernan, sus relaciones de interdependencia y la intimidad de su mecanismo.

Pero, en tal difícil tarea, no debemos olvidar el consejo del prudente historiador Fustel de Coulanges: "No hacer un poco de síntesis sino a fuerza de análisis".

No olvidemos tampoco que las ciencias naturales son todavía demasiado jóvenes y demasiado abundantes de accidentes irreducibles para que ya podamos encuadrarlas de una manera perdurable y taxativa en grandes hipótesis directrices.

Describamos e interpretemos, busquemos leyes generales, levantemos castillos de hipótesis audaces, expresemos con originalidad la emoción que objetos y fenómenos en nosotros producen y la forma que en nuestra representación ellos revisten; pero, recordemos siempre que las ciencias naturales basan sus conocimientos y construyen sus mansiones en la observación de objetivos y

fenómenos reales, externamente perceptibles.

Un espíritu científico hondamente filosófico se trasunta en todos los escritos de Florentino Ameghino. Pero, Ameghino no es un filósofo.

Aún cuando profesa un panteísmo ingenuo a la manera de Heráclito; o un monismo materialista a la manera de Haeckel; o un mecanicismo crudo a la manera de Loeb; o un naturalismo al estilo de Zola; o cuando se forja una concepción del mundo y del universo a la manera de Comte; Ameghino es siempre un naturalista.

Y debemos resignarnos al juicio de Ingenieros: "En cuanto al problema gnoseológico, piedra de toque para clasificar a un filósofo, Ameghino admite, de hecho, que la experiencia es el fundamento de todo conocimiento, iniciándose como observación empírica, coordinándose como ciencia y proyectándose en lo desconocido como hipótesis fundada en la experiencia. Nunca trató en particular este problema de lógica, ajenos a sus dominios científicos; pero, siempre que a él se refirió incidentalmente, su obsecuencia al método científico fué ab-

soluta y se esforzó por practicarlo, en cuanto ello le fué posible''.

Por absurdo y paradójal que a la primera vista mi afirmación aparezca, Florentino Ameghino tampoco fué geólogo.

Nunca se ocupó de los grandes problemas esenciales de la geología: de la dinámica, de la tectónica, de la geofísica, de la geogenia, finalidad suprema de toda ciencia geológica.

Y cuando tuvo que referirse a ellos, carece de originalidad y se limita a repetir las ideas más corrientes, sobre todo entre los partidarios del evolucionismo de Lyell.

A la geognosía regional, sobre datos casi exclusivamente proporcionados por su hermano Carlos, llegó a través de la paleontología; y sus interesantes síntesis de estratigrafía argentina descansan casi exclusivamente sobre métodos paleontológicos: grado evolutivo de las formas y de los grupos faunísticos, datos estadísticos comparativos, porcentajes de supervivencia.

La aplicación excesiva y unilateral de tales métodos fué lo que mayormente llevó a Florentino Ameghino a las más estridentes polémicas con geólogos eminentes, como Hatcher, Steinmann, Wilckens.

Fué también la causa de sus inexactitudes cronológicas, que tanto influyeron en sus hipótesis antropogénicas, mamalogénicas y paleogeográficas, y que tanto las afectaron.

Sin embargo, sus escritos de estratigrafía argentina, en sus tiempos, representaron un considerable progreso al conocimiento de nuestros terrenos, y permanecerán para siempre de un valor histórico indiscutible.

La clasificación de los terrenos argentinos, a pesar del rápido desarrollo de la geognosía general y particular en Europa y Norte América, a pesar de la intervención local de sabios eminentes, como Darwin, d'Orbigny, Bravard, Burmeister, estaba aún en pañales.

La misma clasificación de Doering (1882), que ya representaba un indiscutible adelanto sobre la de sus predecesores, no comportaba más que unos cuantos horizontes y muy contadas formaciones.

Florentino Ameghino empieza con aceptar y elaborar la clasificación de Doering;

luego construye su propio sistema, en el cual ya vemos considerados todos los grupos de terrenos, en general, y, en particular los que van desde el cretáceo inferior hasta nuestros días, subdivididos en numerosas formaciones y en un número sorprendente de pisos terrestres y marinos.

Verdad es que la aplicación demasiado rígida y exclusiva de criterios paleontológicos, con absoluta prescindencia de posibilidades ecológicas y fenológicas al apreciar el valor estratigráfico de las formas fósiles, lo llevaron a considerar, como horizontes y períodos, zonas y regiones paleontológicas, y a crear *hiatus* estratigráficos ahí donde existían simples discordancias y soluciones erosivas.

Verdad es que los mismos criterios y los mismos métodos lo indujeron necesariamente a exagerar un tanto la edad de pisos y formaciones.

Pero, también es cierto que el sistema estratigráfico ameghiniano representa la primera síntesis orgánica y razonada de los terrenos argentinos y la base ineludible de todo desarrollo ulterior del problema.

Particularmente a lo que a los terrenos de las Pampas se refiere, hoy mismo, con pequeños retoques, impuestos por el resultado de hallazgos recientes, la serie pampeana se reafirma dentro de los límites y divisiones que le diera Florentino Ameghino.

De la misma manera, debemos a Florentino Ameghino la primera hipótesis racional sobre la génesis de los sedimentos que integran los mismos terrenos. Y si bien el error cronológico le impidió reconocer la notable importancia genética que para ellos tuvieron las fluctuaciones climáticas del cuaternario, supo apreciar exactamente la intervención de factores físicos múltiples, como los que actúan hoy en el mismo territorio, y sostenerla en contra de la teoría catastróficamente cuvieriana de d'Orbigny y de la no menos absurda hipótesis del estuario de Darwin.

Florentino Ameghino tampoco fué antropólogo. Su franca y leal confesión al respecto nos quita de toda duda: “Yo no soy antropólogo”, contesta a Mochi. “Son los descubrimientos sobre el hombre fósil y las relaciones de estos descubrimientos con

la paleontología que me llevaron a invadir un terreno que no es mío, el de la antropología, y esto explica porqué me haya equivocado en muchos puntos”.

En verdad, Florentino Ameghino, por intermedio de la paleontología, no sólo llegó a la antropología sino también a la paleoantropología y a la paleoetnología.

Para Ameghino los restos humanos, exhumados en los diferentes estratos de las Pampas, corresponden a especies faunísticas fósiles y como tales estrictamente los trata, no sólo en lo que se refiere a su morfología, sino también en cuanto a su grado evolutivo, somático y psíquico.

Descartando, *a priori*, toda idea de dualismo posible, aplica a los supuestos homínidos y al hombre físico, intelectual y moral, los cálculos inexorables de su matemática sencilla.

Caídos, uno a uno, los diferentes eslabones de la cadena filética humana, elaborada cuando Ameghino contaba sólo con muy escasos datos probatorios; caída la suposición de una edad muy remota de los estratos de las Pampas; ya nada queda de la

hipótesis antropogénica ameghiniana así como también de sus conclusiones acerca de la dispersión de sus homínidos y de sus hombres, desde las Pampas, su cuna, por los derroteros del mundo.

Sin embargo su obra fué fértil también en este terreno. Aparte las fecundas discusiones que supo despertar entre antropólogos y paleoetnólogos de renombre, como Schwalbe, Keith, Sergi, Stolyhwo, Hrdlicka, Breuil, Nadaillac; aparte la considerable suma de hallazgos valiosos, que la búsqueda empeñosa de los eslabones, teóricamente previstos, provocó por cerca de treinta y cinco años de investigaciones intensas; quedan dos hechos previstos por Ameghino y, a mi modo de ver, definitivamente adquiridos: la contemporaneidad del hombre pampeano con los grandes mamíferos extinguidos de la serie loessica de las Pampas; y la existencia de un paleolítico, o si se quiere, de un protolítico argentino, que pobló estas regiones desde tiempos muy remotos, si bien no más antiguos que el pleistoceno inferior.

En cambio, Florentino Ameghino fué

paleontólogo y un paleontólogo insigne. La paleontología de los vertebrados y, sobre todo, de los mamíferos, su constante predilección científica, es la que le otorgó sus verdaderos títulos de gloria.

Es por ella y exclusivamente por ella que podemos proclamar, sin temor de desmentida, que Florentino Ameghino es uno de los más grandes naturalistas de este último siglo.

Es él que fundó y formó la paleontología de los vertebrados argentinos. Apenas esbozada por ilustres predecesores, como Muñiz, Owen, Laurillard, Bravard, Burmeister, llegó, por obra de Florentino Ameghino, a adquirir caudales cuantiosos.

A pesar de vacilaciones y rectificaciones, en este campo su producción es vasta y magnífica: sólo o con el auxilio de su hermano Carlos, exhume conspicuos complejos paleontológicos hasta entonces ignorados: en Luján, Mercedes, Monte Hermoso, Chapadmalal, en Entre Ríos, Tucumán, Catamarca, Chubut y Santa Cruz; describe un número extraordinario de formas nuevas, que se incorporan a la ciencia como

especies, géneros, familias y órdenes, hasta entonces completamente desconocidos; por lo menos la tres cuarta parte de los vertebrados fósiles de los ricos yacimientos argentinos han sido estudiados y determinados por Florentino Ameghino.

Bajo su pluma fértil, realizando, durante cuarenta años de labor asídua, un esfuerzo estupendo, faunas enteras despiertan, una tras otra, de su sueño milenario y vuelven a vagar por el mundo, y a proclamar los siglos la fama del sabio.

Y junto con ellas, de su cerebro fecundo, surgen también concepciones grandiosas, doctrinas geniales e hipótesis de maravillosa audacia.

En toda su voluminosa obra paleontológica Florentino Ameghino no fué el árido expositor de la naturaleza, sino el naturalista, el artífice eminente, el creador, en quien la magnitud de la obra corre pareja con la feracidad de su espíritu.

Florentino Ameghino, ante todo y sobre todo fué paleontólogo. Conviene repetirlo, para que no lo olviden tanto sus admiradores ignaros como sus detractores severos, quie-

nes igualmente parecen dedicados en empañar la sublime figura del sabio, magnificando los errores del filósofo y del antropólogo, del autor de *Filogenia*, del hombre terciario y de la Pampa cuna de la humanidad.

Al lado de los méritos científicos, muchos otros aspectos podrían revelarse a la contemplación detenida de su compleja personalidad.

Entre ellos, uno se destaca de singular significado: Ameghino humanizó al hombre de ciencia.

En la mayor parte de su vasta producción, aún alcanzando, a veces, sublimes alturas, supo mantenerse en un nivel comprensivo también por mentalidades mediocres y supo hacerse popular.

Y el mérito no es poco, si pensamos que época fué aquella en que el ímpetu de la ciencia, exaltando el sensualismo de potencia en el hombre, había engendrado sabios de posturas flamantes o solemnes, figuras hieráticas o que, bajo apariencias descuidadas y modestas, cruzaban las generaciones sin confundirse y sin mezclarse con ellas.

Florentino Ameghino, en cambio, llegó

a contacto con el pueblo y con su espíritu, y contribuyó eficazmente a que la ciencia bajara de su sitial, no para descender al rango de humilde servidora de los apetitos y de los intereses materiales de la masa humana, sino como mensajera de cultura.

Nacido del pueblo, supo mantenerse entre el pueblo por su modestia, por su repugnancia al lucro y al lujo, por su jovialidad y cordialidad con todos.

Queda grabada aún en mi memoria, a pesar de los años, la satisfacción y el orgullo de mi peón cuando, por las barrancas de Luján, me hablaba de Florentino Ameghino y con énfasis repetía: “No fué hijo de un zapatero sino de un pobre remendón”.

Recuerdo vivamente también, a mi llegada a esta tierra, pocos días después de la muerte del sabio naturalista, el duelo que embargaba al público y las discusiones acaloradas que cualquier discrepancia sobre sus opiniones, por pequeña que fuera, suscitaba, y la veneración de su nombre ya epónimo y símbolo de nacionalidad. Discusiones en las cuales, el motivo científico era un simple pretexto que ocultaba, aún sin ad-

vertirlo, la pasión y el orgullo nacional que, en el pueblo argentino, había sabido infundir su vida heroica.

Por esto, Florentino Ameghino también fué un gran patriota.

Sabio puro y legítimo de esta tierra, Florentino Ameghino fué el sabio del apostolado argentino; y uno de esos hombres superiores que verdaderamente supieron construir la patria como entidad moral y espiritual, que cooperaron sagazmente a formar y cimentar el contenido ético de la nacionalidad.

Sublime ejemplo a la juventud, a la cual con su obra y su vida íntegramente consagrada a ideales puros, parece repetir:

Que vuestra guía sea la curiosidad inextinguible de saber. Ella os indicará la ruta, pero no siempre bastará a salvaros de los escollos de que está sembrado su áspero camino. Si incurrierais en el error, no temáis los reproches y el escarnio de los tímidos. Mucho se perdona a quien peca por amor a la ciencia. Recordaos que la historia es benévola para quien, después de las derrotas, consigue una victoria; pero siempre con-

dena al olvida el crítico infecundo, quien saciado en descubrir errores ajenos, no sabe revelar una sola verdad. Mucho espera de vosotros la ciencia argentina. No basta mantenerla en el nivel por ella alcanzado; sus tradiciones gloriosas nos imponen una tarea mucho más noble: nos exigen elevar a nueva vida la filosofía natural en la tierra que ha visto florecer el genio de Florentino Ameghino.
